

## 1. EL SEÑOR ES MI LUZ Y MI SALVACION

Cuando hemos visto algo, cuando lo contamos, decimos que hemos sido testigos.

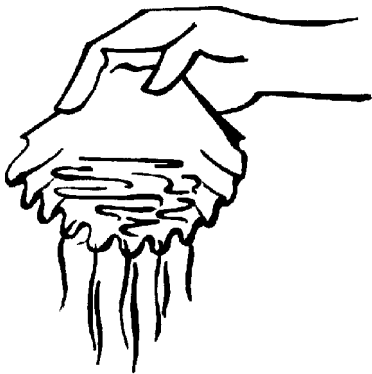
Los Apóstoles, con Pedro a la cabeza, fueron testigos de un acontecimiento único en la historia: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, murió en la cruz y ha resucitado de entre los muertos. Ellos fueron los primeros testigos del Señor Jesús.

Después, una larga cadena de cristianos ha seguido proclamando a todos que Cristo está vivo y que es Dios con nosotros. Muchos niños, jóvenes, hombres y mujeres encontramos en él la luz que guía nuestros pasos.

La Iglesia nos ofrece y nos da a Cristo. Nadie puede amar a Cristo prescindiendo de la Iglesia; nadie puede escuchar a Cristo si no escucha a la Iglesia; nadie puede estar en Cristo y al margen de la Iglesia. Por tanto, no podemos alcanzar a Cristo separados de la Iglesia.

Cuando una persona no sabe qué camino tomar en su vida, decimos que anda como en tinieblas, en oscuridad. Para no tropezar necesita acercarse a la luz. Jesús es la verdadera luz. No hay sombra, por más densa que sea, que pueda oscurecer la luz de Cristo. Él es la gran luz de la que proviene toda vida. Él es Dios. Estamos llamados a reconocer su gloria de un confín al otro de la tierra.

Por eso, los que se acercan a Cristo y creen en él, están alegres y mantienen siempre la esperanza. Él nos indica el camino. Viviendo con él y por él, podemos vivir en la luz.



Tú, un día recibiste el sacramento del bautismo. Aquel día naciste a una vida nueva. Entraste en la vida de Dios, que es amor, en la vida de la Trinidad: un solo Dios verdadero -Padre, Hijo y Espíritu Santo-. Eres cristiano por la gracia de Dios.

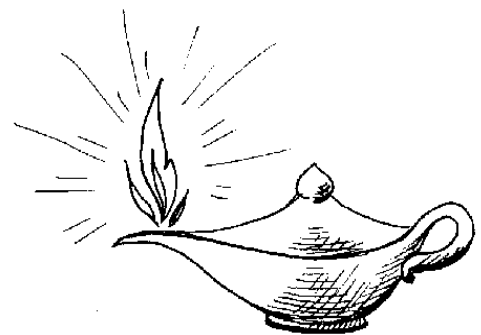
Después del bautismo, la iglesia te acompaña y te prepara para recibir los otros sacramentos de la iniciación cristiana: la confirmación y la eucaristía. Ella siempre te ayudará a vivir la fe, porque no se puede ser cristiano sin la Iglesia.

Para ti, ¿Jesús es luz? ¿Sabes que tú mismo eres luz? ¿Cómo vas a iluminar a los que viven cerca de ti?

**El sol que nace de lo alto.** Desde el inicio de los tiempos la humanidad, y especialmente el pueblo de Israel, deseaban la salvación que Dios nos ofrece en Jesucristo:

**“El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló”**  
Is 9,11

Jesucristo ha tomado verdaderamente la luz del cielo y la ha traído a la tierra: la luz de la verdad y el fuego del amor que transforma a cada persona. Él, que es el Hijo, es quien nos ha revelado el misterio de Dios. Él nos enseña que Dios es amor y nos lo da a conocer. Con sus obras y sus palabras Jesús nos hace ver cuánto nos ama Dios, que quiere que le llamemos Padre y seamos de verdad sus hijos.



**“El verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo”** Jn 1,9

Por Jesucristo, también sabemos quiénes somos nosotros y para qué existimos. En él aprendemos a reconocer lo verdadero y lo falso, lo que es luz y lo que es oscuridad. Con él surge en nosotros la luz de la verdad.

**Bautizados, testigos de la luz.** En el bautismo se entrega una vela que es encendida en el cirio pascual: la luz de Cristo resucitado nos ha convertido a nosotros en hijos de la luz.

**“Antes sí erais tinieblas, pero ahora sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz”** Ef 5,8-9

Los cristianos no podemos dejar que se apague esa luz que nos indica el camino. Debemos proteger y acrecentar la luz de la fe frente a lo que nos pueda arrojar a la oscuridad sobre Dios y sobre nosotros mismos. Por eso escuchamos la Palabra de Dios, celebramos la eucaristía y nos amamos como Jesús nos enseñó.

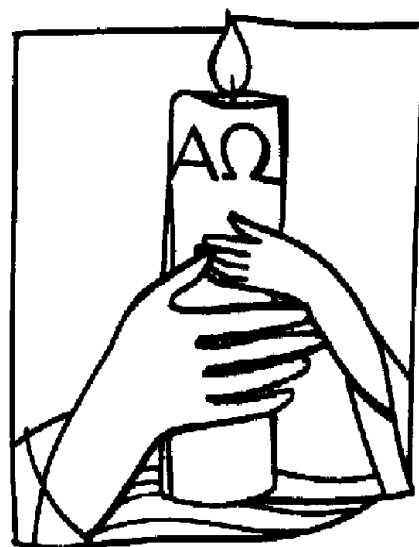
En la Iglesia, la catequesis ayuda a conocer, a amar más y a contemplar la luz verdadera, que es Cristo.

**Una noche clara como el día.** La celebración más importante del año cristiano es la Vigilia pascual. En ella conmemoramos la Resurrección del Señor.

La Iglesia representa el misterio de la luz de Cristo con el signo del cirio pascual. Al iniciar la celebración, todos nosotros encendemos nuestras velas en ese cirio. Entonces, escuchamos el gran anuncio de la Pascua:

**¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!**

En nuestra oración pedimos al Señor que la llama de la luz, que él ha encendido en nosotros, no se apague, sino que sea cada vez mayor y más luminosa, con el fin de que seamos con él hijos de la luz, astros de luz para nuestro tiempo.



---

La Pascua de cada año es el centro de las fiestas cristianas. San Gregorio Nacianceno, en el siglo IV, lo expreso así: **“Igual que el sol supera a las estrellas, la Pascua es, para nosotros, la fiesta de las fiestas, superior a todas las demás”**.